

los muebles, tal como los dejó el héroe de la acción, el 2 de Abril, al posecionarse de la ciudad: las sillas el aguamanil y la cama están como entonces, aun con las mismas ropas.

El mismo día 8 empezó el general sus operaciones, el 9 se situó en su cuartel general y estableció su despacho, mandó á un jefe de toda su confianza á Cuernavaca, lugar donde se encontraba el general D. Diego Alvarez con la división del Sur que era á sus órdenes, para invitarlo á que tomara parte en las operaciones sobre Puebla. El general Alvarez se prestó gustoso á incorporarse con la fuerza del ilustre caudillo de ejército de Oriente, y se movió con 1480 hombres, la mayor parte infanterías de las que sin tregua ni descanso habían luchado en Guerrero contra el Imperio y sus aliados desde que se inició la intervención, y de algunas de las que asistieron á la gloriosa, memorable y trascendental batalla de Chilapa el 10 de Noviembre de 1864; á los dos bloqueos del puerto de Acapulco; y á los muchísimos combates que de 1863 á 1867, se habían librado en territorio del mismo Guerrero en defenza de la independencia nacional, en la mayor parte de los cuales quedaron triunfantes las armas de la República. Ordenó el general Díaz que la caballería del general D. Rafael Cuellar se pusiera á las órdenes del general Alvarez, y marcharan ambas fuerzas para Puebla.

Al iniciar el general Díaz sus operaciones sobre esta plaza ya de una manera muy comprometida para él, recibió orden apremiante del Gobierno General de la República que venía en camino para San Luis Potosí, para que rápidamente mandara parte de sus fuerzas al sitio

de Querétaro. Los jefes del 2.º distrito de México manifestaron deseos de ir y lo conveniente que era el que los acompañara una brigada de Puebla á las órdenes del general D. Ramón Márquez Galindo, y que se diese el mando de este cuerpo auxiliar al general D. Juan N. Méndez. El general Díaz, sin vacilar ni discutir las órdenes envió desde luego esas fuerzas mandando además que el general D. Vicente Riva Palacios con las de Toluca se les uniera, esta es la explicación porque la 1.ª Brigada de la División del Sur que mandaba el Sr. general D. Vicente Jiménez, fué á Querétaro; y la 3.ª que mandaba el general D. Diego Alvarez se batiera en Puebla á las órdenes del general Díaz, pues cuando la División marchaba para México, se adelantó el general Jiménez, y ocupó Iguala; y llamado á una conferencia en el pueblito de Apipilulco, allí dijo que su voluntad era incorporarse al general Riva Palacio, á lo que se accedió.

Este cambio de fuerzas, de las del general D. Juan N. Méndez que pudieran considerarse locales, por otras extrañas como las del Sur, en aquellos momentos no desconcertó al general Díaz, al contrario, aprovechó la novedad y el estímulo. El valiente general D. Francisco Carreón ocupó la Penitenciaría, Iglesia de San Javier, y Paseo Nuevo, el día 9 ó 10, el mismo general Díaz en medio de un nutrido fuego á metralla hecho por el enemigo hizo ocupar el día 10 el Molino de Huitzotla, y el barrio de Santiago para hostilizar el Carmen. El 11 se atacó este punto para hacer un reconocimiento, estaba defendido por D. Hermenegildo Carrillo que no dejó aproximar mucho á los asaltantes; el 15 se dió un nuevo ata-

que á este punto, así como al de la Merced simultáneamente. Las fuerzas sitiadoras ocuparon la capilla de Guadalupe, el Parral y los baños de Carreto; el 16 el denodado general D. Manuel González á la cabeza de una columna atacó resueltamente el Hospicio, avanzó sobre el cuartel de San Marcos que ocupó despues de una tenaz resistencia, y de haber sido gravemente herido en un brazo, posecionándose de San Marcos el día 17. Al mismo tiempo era ocupada la parroquia de Analco. El general Díaz, no se limitaba á dirigir las operaciones sino que volaba á presenciar personalmente su ejecución, y como es natural tomaba parte en los combates, esto puso en inminente peligro su vida muchas veces, terminadas las funciones de armas, volvía al cerro de S. Juan á despachar todos los negocios del día. Desde entonces dió muestras de la infatigable actividad física y moral que el país entero conoce. Hizo rellenar con escombros un horno de cal de los llamados de Múgica, y sobre de el estableció media batería con la que dominó todas las posiciones enemigas circunvecinas, mandó traer una pieza de artillería de grueso calibre que estaba olvidada en el cerro del Borrego de Orizaba, y otra que en iguales condiciones estaba en Perote.

El 18 de Marzo el fuego fué continuado por muchos puntos especialmente por San Agustín, un terrible incendio se inició cerca de este convento en el vasto local de madera construido para el Circo Chiarini. Allí se vió envuelto el general Díaz entre las llamas en medio de una granizada de balas, con el vestido acribillado, el rostro ennegrecido por el humo, cayendo sobre de él leños y maderos ardiendo, parte de los techos que al desplo-

marse casi cubrieron al caudillo, y otra mole que se vino á bajo con estrépito lo sepultó por unos momentos á él, y al Lic. D. Juan José Baz que lo acompañaba. En medio de aquella terrible situación no perdió el general ni un instante su sangre fría, ni se enervó su inteligencia, siguió dando órdenes, disponiendo, combinando sus operaciones.

El día 19 los sitiados pretendieron distraer de frente al Carmen á los sitiadores, y les hicieron todo el día un fuego vivísimo de cañón y fusilería, desde las trincheras de la Aduana Vieja y calle de las Bóvedas de la Compañía, para arrasar los parapetos que estaban levantando los republicanos en las calles de la Luz y de Carrillo. El día 24 ocuparon los sitiadores algunas manzanas cercanas á Puente de Toro, y el 25 se posecionaron de las adyacentes á este lugar. El 30 de Marzo ocupaban las fuerzas del general Díaz mas de 26 manzanas en diversos rumbos de la ciudad, y además la Alameda Nueva, el Parral y otros puntos de ese viento; la Merced, San Marcos, y Hornos de Múgica, y este mismo día estalló un incendio en la manzana en que se hallan los baños de Carreto. Este mismo día supo el general que D. Leonardo Márquez con una respetable división y la artillería suficiente había salido de México en Auxilio de Puebla.

Sigo aquí una parte de la verídica y elocuente descripción que de este glorioso hecho hizo el Sr. Lic. D. Manuel María Zamacona el año de 1868. "En estas circunstancias una persona que en el cuartel general se había inclinado siempre á la idea de levantar el sitio, "y mover el ejército de Oriente hacia Querétaro para

“vencer cuanto antes la resistencia que oponga esta última plaza, decía, (al Sr. D. Manuel M. Zamacona) en la mañana del 1.º de Abril, conversando ambos en el alfeizar de una ventana donde se dominaba el valle y la ciudad sitiada, algunas palabras que revelan la disposición moral en que se hallaban los espíritus: Mis predicciones, decía, tocan á su realización: el avance de Márquez prueba que nada tiene que temer del lado de Querétaro, á la vez que la República puede sufrir allí un rudo golpe, mañana acaso tendremos que emprender la retirada hacia el rumbo de Oaxaca, con un ejército desmoralizado y perseguido por las fuerzas reunidas de Márquez y Noriega.”

“Esta conservación la interrumpieron los clarines y tambores de las reservas formadas al pié del cerro de San Juan, haciendo los honores de costumbre al general en Jefe que despues de recorrer las líneas volvía al cuartel general con su Estado Mayor. Las miradas y los ademanes de todos eran inquisitivas al derredor del general Diaz; todos procuraban hallar en su semblante y en sus palabras la clave del enigma penoso que preocupaba los espíritus. ¿Se apelaría al remedio triste, pero prudente de la retirada? ¿Se ensayaría como en la Carbonera, uno de esos medios audaces, cuyo éxito no se repite facilmente? Esta era la alternativa en que fluctuaban los ánimos desasosegados y perplejos. La idea de asaltar la plaza sin artillería, sin municiones y con tropas de cuya moral no se podía responder en aquellos momentos, esa idea que parecía rayar en los límites de la denuncia y que solo vista con el prisma del genio podrá perder sus visos de insensatez, esa idea decimos, parecía eliminada de todas las conjeturas.”

“El jefe del Ejército sitiador se presentó en el cuartel general. La jovialidad característica de su semblante no se había alterado en lo mas mínimo: el era el único cuyo entrecejo no presentaba los pliegues de la preocupación. Se sirvió el almuerzo, y los comensales guardaban, no ese silencio que caracteriza los primeros momentos de una comida entre convidados de buen apetito: los bocados se llevaban con lentitud á la boca, era el silencio de la cavilación. Solo el General en Jefe parecía comer con apetito, y sonreía con su afabilidad habitual. Por fin como si hubiera querido disipar las preocupaciones que percibía en derredor suyo, dijo. (al Sr. Lic. D. Manuel M. Zamacona,) que hacía los honores de la mesa.—“Tengo presentimiento de que celebraremos el aniversario del 5 de Mayo, sino dentro de la capital de la República, al menos en sus inmediaciones.” Estas palabras dichas sin énfasis, sin segunda intención aparente, y desenvueltas en varias frases de que se desprendía que en la mente del jefe sitiador la proximidad de Márquez á Puebla no venía á eclipsar la buena estrella del Ejército de Oriente; estas palabras, decimos, disiparon las sombras de todos los espíritus, y los concurrentes al almuerzo se levantaron con el ánimo y el semblante más sereno.”

“El general Diaz se retiró tras esto á su recámara, que era la misma que habitó durante el sitio de 63 el general Forey y desde donde el jefe de los franceses dirigió todas las operaciones del gran sitio. Los jefes de la línea fueron llegando sucesivamente, y la tarde se ocupó en un consejo secreto en cuanto á sus pormenores, pero transparentes por demás, porque las apa-

“riencias todas permitían ya suponer que no se organizaba un movimiento retrógado sino por el contrario, “uno de esos arranques de audacia y de brio que producen una influencia de entusiasmo eléctrico en los ejércitos. La serenidad y la fé del general en jefe habían cundido en todos sus subordinados: la admiración y la alegría entre los ayudantes y los jefes de líneas y de cuerpos convocados al cuartel general, eran un sentimiento, presagio de sucesos faustos. En las primeras horas de la noche no era ya un misterio que estaba decidido el asalto.”

Hasta aquí el Sr. Zamacona.

A las doce de la noche del 1.º de Abril, el general Alatorre, en jefe de la 1.ª división de infantería dictaba por acuerdo y deliberación con el general Díaz, dice otro escritor, las disposiciones siguientes:

El general Rafael Cravioto asaltara la trinchera de la calle de la Alcantarilla.

El general Francisco Carreón asaltara las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y la brecha en la manzana de Malpica habiendo de encabezar el asalto con 100 hombres, el jefe del batallón de Zapadores Genaro Rodriguez. Los parapetos de la calle de Iglesias ó Miradores lo atacara el coronel del 6.º batallón de infantería Vicente V. Acuña con 150 hombres, y el Teniente Coronel José M. Vazquez, penetrará por la brecha que abrió la artillería en la manzana de Malpica.

El coronel Luis Mier y Teran, y el teniente coronel Juan de la Luz Enriquez personalmente asaltaran las trincheras de la calle de Miradores. El Teniente Coronel Guillermo Carbó se posesionará del Noviciado de San

Agustín, y el capitán mayor Carlos Pacheco tomará la trinchera de la calle de la Siempreviva.

El general Juan Crisóstomo Bonilla tomará el parapeto del Costado de San Agustín.

Los generales Luis Pérez Figueroa, Manuel Andrade y Párraga, Doroteo León, Faustino Vazquez Aldana y demás concurrirán al momento distinguiéndose en la calle del Dean.

13 fueron las columnas nombradas para el asalto, y el resto de la fuerza se distribuyó en la reserva, y movimientos para el Carmen.

La señal para que las 13 columnas se lanzaran simultáneamente sobre los parapetos imperiales sería una luz encendida en el cerro de San Juan. Distribuidas las órdenes, parqueadas las tropas, y tomadas las medidas necesarias cada jefe nombrado se situó convenientemente durante la obscuridad de la noche en el punto adecuado para romper su marcha. El general recibió los partes de todos de estar situados en sus puntos sin novedad.

Sonaron las cuatro de la mañana, un gran lienzo empapado en espíritu de trementina y sostenido por un ligero maderamen á una altura conveniente y de esquina á esquina de la casa que se levanta sobre el cerro de S. Juan, ardió de improviso. “Y como si hubiera sido un botafuego, dice el Sr. Zamacona, que obrara en toda la extensión de la línea, la artillería comenzó á jugar sobre la plaza prolongando sus disparos por cerca de una hora, y dejando apenas percibir la descarga de fusilería y los clamores de los combatientes por todos los lados de la ciudad.”

Las columnas avanzaron denodadamente: en S. Agustín, la que lo atacaba avanzando encontró una resisten-

cia tenaz, sostenida, casi tranquila, entonces se destacó sobre ese punto al coronel Manuel Santibañez quien rebotando de entusiasmo se lanzó sobre el punto.

El coronel Vicente V. Acuña, llegó impavido con su tropa hasta la trinchera de la calle de Miradores, y en el momento supremo de asaltarla cayó muerto herido en el corazón por una bala de las fuerzas del comandante Machorro que se lanzaron por ese punto de ataque.

El Teniente Coronel José María Vazquez rebatió atrevidamente la brecha que se había abierto en la manzana de Malpica, y en los momentos que trepaba sobre unos escombros levantando su espada para indicar el camino que debían seguir sus soldados, cayó muerto instantaneamente acribillado á balazos.

Rodriguez, al estar ya en el aproche de la trinchera de la calle de Belem quedó tambien gloriosamente muerto.

Igual suerte corrieron en otro lugar los valientes jóvenes capitanes del Batallón "Llave" Manuel González, y Manuel B. Verdejo, así como los tambien jóvenes teniente del 2.º Batallón de cazadores Pantaleón García, y subteniente del 3. Batallón de cazadores Pantaleón Cartas.

Frente á la trinchera de la calle de la Siempreviva se desarrollaba uno de esos hermosos episodios militares que tanta honra dan al ejército mexicano; el mayor Carlos Pacheco avanzaba sereno á la cabeza de su tropa sobre esa trinchera que por una circunstancia que no se sabe tenía además de la dotación necesaria de defensores una fuerte reserva metida en los zahuanes de las casas contiguas, Pacheco atacó y á pocos metros del pa-

rapeto se adelantó á sus soldados blandió su espada y exclamó ¡Adentro! lanzándose á la vanguardia con temerario arrojo, pero antes de llegar al borde de la trinchera, fué herido, no abandonó su puesto, se rehizo un momento, á pesar que la sangre brotaba de su herida con espantosa abundancia, volvió á la carga; y volvió tambien á ser herido, se pretendió separarlo del lugar del combate, se opuso tenazmente, por fin se le colocó en una camilla, que se arrimó á la pared, y desde ella desangrándose horriblemente animaba á sus soldados; cuando vió que estos saltaron la trinchera se reclinó sobre un lado y dijo esta única palabra. ¡Vaya!

El general Doroteo León formó su fuerza sobre las dos banquetas de la calle, y él, montado en un brioso caballo avanzó por el medio de la calle al mismo tiempo que sus soldados lo hacían por los laterales de ella, llegó así hasta frente á la tronera de la trinchera de la calle que era de la Aduana, y sin preocuparse con la metralla que arrojaba una culebrina abocada en ella, saltó á la tronera; espoleó su caballo, le levantó las riendas, y entró montado por esa tronera, cayendo sobre la culebrina donde recibió cuatro balazos que le desgarraron completamente el lado izquierdo, y la espalda de una chaqueta negra de felpa con alhamares de plata que llevaba puesta pues quedó boca abajo, se levantó, sus tropas rebazaron el parapeto, y él siguió con ellas.

El capitán Gabriel Alatríste, se lanzó resueltamente sobre la trinchera que defendía D. Manuel Trujeque,

que fué uno de los que fusilaron á su padre, tomó la trinchera, y sus soldados mataron á Trujeque.

Las tropas del invicto Porfirio Díaz penetraron hasta la plaza siendo de las primeras unos soldados de Zacapoaxtla, y otros de Machorro, despues todas las fuerzas simultáneamente, los Zacapoaxtecos invadieron la torre de Catedral, en unión del Teniente David González Llave y echaron á vuelo todas las campanas anunciando la espléndida victoria del Ejército de Oriente y su caudillo Porfirio Díaz. En los primeros ataques al tomar el cuartel de San Marcos fué herido el general D. Manuel González á quien se amputó un brazo.

Desgraciadamente no se han publicado los partes que rindieron los jefes de las columnas, y por esto se ignoran aún multitud de bellos episodios que solo se conocen por tradición, y que no se pueden por esto estamparlos como históricos.

Ocupada la plaza, el Carmen defendido por el general D. Hermenegildo Carrillo resistía aún, el general tomó sus disposiciones, el Carmen fué ocupado pero Don Hermenegildo Carrillo se salvó ocultándose en una casa vecina. Se iniciaron las operaciones sobre los cerros de Loreto y Guadalupe que no se rendían y en la noche del 3 al 4 personalmente ocupó el general Díaz el de Loreto, y desde él intimó rendición al de Guadalupe. Mandaba este punto el general D. Francisco Tamariz, quien quiso capitular y salió á conferenciar á la orilla del foso con el general Díaz, éste le exigió la rendición sin con-

dición alguna y Tamariz entregó su espada al vencedor quien lleno de nobleza le contestó que la conservara como una concesión á su valor.

Con esto quedó coronado el triunfo del digno general Díaz, y terminado el último sitio que ha sufrido la heroica Ciudad de la Puebla de los Angeles, ó Puebla de Zaragoza.

Después de perdonar á los prisioneros, pues los que murieron, fué en la exaltación de las pasiones, el general Díaz salió el 5 de Abril al encuentro de D. Leonardo Márquez á quien derrotó en San Lorenzo.

FIN DE LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE PUEBLA.